

en proporciones alarmantes, el ministro de la guerra no podía invocar como excusa de los movimientos de insurrección que se preludiaban, la penuria de los soldados capaces de oponerse á los disidentes: era porque había dejado á los soldados en reposo ó no había sabido emplearlos convenientemente. En cuanto á los puntos adonde brillaban las bayonetas francesas, la tranquilidad estaba asegurada. Una mirada rápida dirigida sobre el cuadro oficial y verídico de las fuerzas de que disponía el imperio en aquella época, ya crítica, escluyendo nuestro cuerpo expedicionario, bastará para convencerse de su suficiencia.

El 31 de Diciembre de 1865 el ejército mexicano contaba en sus filas, sin hablar de una considerable artillería bien municionada: en tropas nacionales, tanto permanentes como móviles y municipales, 35,650 hombres de infantería, caballería y artillería, con 11,073 caballos: de tropas extranjeras: belgas, 1,344; austriacos, 6,545 con 1,409 caballos: lo que hacía un total de 43,519 hombres, y 12,482 caballos.

Como se vé, un efectivo real tan considerable apoyado por los franceses, era capaz, si la dirección hubiera sido enérgica ó inteligente, de asegurar el imperio. Pero, para servirnos de las mismas expresiones del señor ministro de Estado, *Dios no lo quería*. La fuerza, por esta vez al menos, iba á sucumbir bajo una grande idea: el horror á la invasión.

VI

Hé aquí que entramos al período de los desastres que sucesivamente han agobiado al imperio mexicano. Creemos que ya puede formarse una cuenta exacta de las faltas que los han preparado. Las páginas que van á leerse, al seguir paso á paso los detalles de la larga agonía de un imperio, sorprenderán por la relación de acontecimientos bruscos, compromisos hollados, cambios imprevistos y estraños, á travez de los cuales la política de las dos cortes, la francesa y la mexicana, iba á estrellarse contra las arrogantes amenazas de los Estados-Unidos.

El año de 1866 se inauguró bajo tristes auspicios. Desde los primeros días de Enero estallaron las defecciones por todas partes. El soplo de la desolación había pasado por aquel pueblo. Las bandas de los *guerrilleros* desolaban á Tamaulipas, Nuevo-León y Zacatecas, Estados limítrofes de la Unión. A las puertas de la capital se insurreccionaba Pachuca, y Michoacán levantaba el estandarte de la rebelión. *¡Viva la intervención del Norte!* tal era el grito de guerra de los insurrectos, que pedían el auxilio de la gran república para arrojar á los aliados á la mar. El título de aliados se daba lo mismo á los austriacos y á los belgas que á los franceses. Por otra parte, estos contingentes estran-

jeros, tan odiados por los disidentes, habian sembrado la division alrededor del trono. Habian surgido graves disenti- mientos entre ellos y los oficiales mexicanos que rehusaban obedecer á los oficiales europeos. El artículo 5º del tratado de Miramar habia estipulado sin duda "*que en caso de espe- diciones combinadas de tropas francesas y mexicanas, el man- do superior de estas tropas correspondería al comandante francés.*" Pero los belgas y los austriacos no habian sido llamados á México sino como tropas á sueldo pagado por el tesoro mexicano, sometidas, por consiguiente, á las institu- ciones militares del país al cual iban á servir, y habian per- dido así el carácter de su propia nacionalidad. En caso de combinacion de tropas diferentes, tenian razon los oficiales mexicanos en no querer recibir órdenes de los austriacos ó belgas, sino cuando tenian un grado superior al suyo. Los belgas se quejaban tambien de haber sido engañados, pre- tendiendo que habian venido como colonos armados, desti- nados al cultivo de las tierras y á su defensa, pero no como soldados permanentes: el descontento habia causado ya de- serciones en sus filas. En cuanto á los oficiales, no se ha- bían despedido de Europa sino bajo la seguridad de perma- necer en la capital de México como *guardia de corps* de la familia imperial. Estos hombres del Norte, cualesquiera que fuesen sus cualidades militares, no eran aptos para aque- llos climas, y sus operaciones debian resentirse de su tem- peramento poco preparado á la guerra de partidarios. Ade- mas, siempre es peligroso é impolítico emplear mercenarios. La frase siguiente de la emperatriz Carlota reasumia bien la situacion: "Los austriacos y los belgas son muy buenos en tiempo de calma, pero viene la tempestad y solo los *panta- lones rojos* (los franceses) sirven." Esta infortunada prin- cesa tributaba un justo homenaje á la sangre francesa de donde habia salido por la familia de Orleans.

Agreguemos que Maximiliano recibia numerosas quejas

de sus generales, pretendiendo que les faltaban caballos y armas para sus tropas. Mejía, por su parte, anunciaba que no podia obligar al cumplimiento de su deber á soldados que no recibian sueldo. El ministro de la guerra dió cuenta con esto al emperador, que estaba muy descontento, diciéndole que habia suplicado al cuartel general francés que hiciese escoltar por uno de sus batallones la *conducta* de Monterey, destinada para pagar á la division Mejía en Matamoros, y que el mariscal se habia negado á prestarle este servicio. Esta acusacion contra el general en jefe francés, que no de- jaba de favorecer con todas sus fuerzas cuanto fuera en bien del servicio, causó una verdadera sorpresa, y Maximiliano pudo convencerse, al enseñársele la correspondencia cambia- da con este motivo, de que jamas se habia tratado de pedir una escolta para conducir el dinero destinado á las tropas mexicanas, sino únicamente un convoy del comercio cuyo envío solamente estaba suspenso por las exigencias milita- res. Por otra parte, los buques de la escuadra que sin ce- sar se daban á la vela del puerto de Veracruz al de Mata- moros, ofrecian todas las facilidades de un transporte marí- timo hecho en menos de sesenta horas, mientras que el tra- yecto por tierra exigia muchas semanas, y un empleo de tropas tan inútil como peligroso, puesto que los caminos de Querétaro, San Luis Potosí y Monterey, que conducian á Tamaulipas, estaban infestados por las *guerrillas* mandadas por Cortina y Carbajal, ayudados por partidas americanas.

Allí adonde los regimientos franceses cubrian la frontera del Norte, vacilaban aún los americanos en comprometerse entrando al territorio mexicano; pero la situacion estaba muy tirante, y una demostracion agresiva de nuestros bata- llones sobre el *Rio-Grande* ó el *Rio-Bravo* podia traer un conflicto inmediato con los Estados-Unidos, lo cual preve- nian formalmente que se evitase las instrucciones de nues- tro gobierno. Y estando tan diseminado el cuerpo espedi-

cionario, no era posible ejecutar en aquella época un movimiento semejante tan escéntrico de México. Era preciso, antes que todo, extinguir la insurrección de los departamentos vecinos de la capital del imperio, y el cuartel general tuvo que apresurarse á hacer partir nuevos refuerzos para pacificar á Michoacan.

Estos tristes acontecimientos habian desgarrado el velo con el cual los ministros habian creído hasta entonces deber ocultar la verdad á Maximiliano, apesar de los avisos del mariscal.

Algunos dias antes, el general en jefe se habia visto obligado á llamar la atención del emperador, sobre los numerosos *pronunciamientos* militares, que amenazaban la existencia misma del ejército. "Estos son hechos que V. M. se explicará, le decia condenando estas defecciones, puesto que no ignora que un gran número de autoridades traicionan al gobierno, y que las guardias rurales parece que han sido criadas con el único objeto de suministrar recursos á los disidentes.

"..... Ante todo, es necesario *desembarazarse de los agentes desleales, asegurar el sueldo de las tropas, de preferencia á los demas gastos civiles que sufren espera.*" Las obras de ornato que se hacian en México, absorbían, lo mismo que la residencia de Chapultepec, sumas enormes, cuando la situación financiera reclamaba en aquella hora que se hiciera un empleo mejor de aquellos fondos. Sin embargo, Maximiliano se estremeció al escuchar el grito de alarma salido del cuartel general.

Acababa de sentir los primeros sacudimientos que hicieron vacilar su trono, y el 6 de Enero de 1866 trazaba las siguientes líneas, que pintaban perfectamente el estado de su alma y sus primeras angustias. "Sé que he aceptado una tarea estremadamente difícil; pero mi valor es capaz de soportar su peso, é iré hasta el fin." ¡Qué cruel contraste

con el tono tranquilo y seguro de esta carta que cinco semanas antes dirigia al mariscal:

México, 2 de Diciembre de 1865.

"Mi querido mariscal.

"Ha llegado ya el momento de gobernar y de obrar. He contado con vuestro concurso para que me ministreis informes sobre los prefectos, los comisarios imperiales y los generales mexicanos.

MAXIMILIANO."

¡Cómo! se habian perdido lastimosamente diez y ocho meses de reinado! Hasta aquellos momentos se hacia sentir la necesidad de obrar! La correspondencia imperial está llena de estas estrañas contradicciones. Mientras que Maximiliano veia levantarse los departamentos, conocia la necesidad de situar tropas en muchos puntos del territorio, despues de fuertes desastres, soñaba todavía en una nueva expedición lejana, y desguarnecía la provincia de Oaxaca, adonde iba Porfirio á encender la guerra civil. Esto lo demuestra su orden imperial concebida así:

"..... Es preciso no olvidar que Franco ha organizado 2.000 hombres, de buenas tropas, y que si quedan bajo las órdenes del general de Thun, parece natural exigir que contribuyan en gran parte á la futura expedición de Tabasco y de Tlapacoyan; porque no es necesario mantener un efectivo tan numeroso en el Estado de Oaxaca.

MAXIMILIANO"

Maximiliano acariciaba aun la idea de conquistar una provincia nueva, en el momento en que las otras tendian á desprenderse de su corona. Y sin embargo, Yucatan, país

insalubre, refugio de tribus rebeldes, casi siempre habia desconocido la antigua autoridad presidencial!

Si Maximiliano hubiera sido sabiamente inspirado, despues de diez y ocho meses de esperiencia y de lecciones severas, habria debido comprender que siempre seria impotente para reunir bajo su cetro imperial ese haz disperso de vastas provincias, casi desconocidas las unas de las otras, por falta de vias de comunicacion, favorables á los cambios. La historia le enseñaba que los Estados escéñtricos, separados de la capital por inmensos desiertos, no habian hecho sacrificios sino por la independendencia comun, amenazada por el extranjero, sin verdadera simpatía por México ó por Juarez, de quienes tenian pocos favores ó socorros que aguardar. Cada capital de Estado tenia su administracion y sus intereses propios. Desde la guerra de independendencia, México habia sido mas bien una federacion que una república, exceptuando el reinado del primer emperador, Iturbide, fusilado en 1824. Aun hay mas: si los esfuerzos militares de la corona se habian estrellado cuando las tropas estaban aun regularmente pagadas, y cuando la guerra civil desgarraba el seno de los Estados-Unidos, ¿qué podia esperarse en el porvenir, á la hora en que el tesoro nacional, obligado á subvenir á la defensa de 1,800 leguas de territorio, se habia agotado ya, y cuando los yankees, victoriosos, no disimulaban la hostilidad de sus sentimientos? Solo dos probabilidades de salvacion quedaban á la monarquía vacilante: ó bien, como lo espusimos en 1866, en lugar de pretender reinar sobre un imperio imaginario, abierto á todos los vientos, era preciso concentrar todas las fuerzas vitales en los Estados del interior, mas ricos y mas poblados, conservando á toda costa sus comunicaciones con los dos mares abiertos á la importacion y á la esportacion, y así aguardar tiempos mejores para ganar terreno: ó bien, convenia tornar á la Constitucion de 1857 proclamando los diez y siete Estados

libres é independientes, bajo la egida de un gefe soberano. Solo esta organizacion federativa podia calmar las sombrías susceptibilidades de la Union americana.

Desde los primeros dias de Febrero de 1866, la situacion del Imperio era de las mas críticas. Las cajas del Estado estaban completamente vacías, y el ejército mexicano reclamaba con altivez su paga. Si los oficiales franceses han permanecido dos meses frente á Puebla sin recibir sueldo, si nuestros soldados han esperado tambien algunas veces la llegada del tesoro para recibirlo, no por eso el vivac estaba ménos alegre, y esto, gracias á nuestra magnífica organizacion administrativa que proveía á nuestras necesidades en campaña.

Pero faltando el dinero, las tropas mexicanas se morian de hambre, si es que no se cambiaban en partidas de mero-deadores. El general en gefe conocia muy bien los elementos militares del ejército mexicano para no temer que al dia siguiente al pillaje, no viniesen la traicion ó la dispersion, y creyó de su deber atender á lo mas urgente. Tomó bajo su responsabilidad, en favor del trono imperial próximo á desplomarse, disponer que el pagador general francés anticipase cinco millones que se necesitaban para que subsistiesen los imperiales.

Entre otras muchas cartas del emperador, hemos escojido la que va á leerse, como digna de ser citada, porque determina con esactitud la naturaleza de las relaciones que existian en aquella época entre nuestro cuartel general y la corte de México, agobiada ya por la mala fortuna.

“Palacio de México, 5 de Febrero de 1866.

“Mi querido mariscal.

“Acabo de saber el precioso servicio que habeis prestado á mi gobierno, prestándole ayuda recientemente en una crisis financiera bien difícil.

“Recibid mis agradecimientos muy sinceros por la discrecion y la cordialidad con que habeis obrado en esta circunstancia tan delicada, y que, para mí, duplica el precio de este servicio.

“Vuestro muy adicto,

MAXIMILIANO.”

Este servicio * prestado á la corona mexicana, desagradó en Paris. El gabinete de las Tullerías no aprobó este acto del mariscal Bazaine, y le dió la instruccion de que no consintiese en que se hiciera préstamo alguno al tesoro mexicano. La caída del imperio no era, pues, dudosa; comenzaba su agonía.

* El Cuerpo Legislativo aprobò mas tarde este gasto.

VII.

El mariscal no habia podido, sin embargo, permanecer sordo al grito de angustia del gobierno mexicano; porque su última súplica habia sido conmovedora. El presidente del consejo, Lacunza, uno de los mexicanos mas ilustrados, y un ciudadano realmente consagrado á su país, habia reclamado el socorro de la Francia en una carta muy patética, para que la pasemos en silencio. Este documento, lleno de revelaciones sobre la política del gabinete francés, marcará la fecha de una de las dolorosas estaciones de ese imperio creado por nuestras manos, y que marchaba hácia el precipicio ahondado por la intervencion.

“México, 28 de Abril de 1866.

“A su Exelencia el Sr. mariscal Bazaine.

“Muy estimado mariscal.

“Ayer he tenido el honor de haceros una visita, y ya sabeis que esa visita tenia por principal objeto manifestar á V. E. la irresistible necesidad que hay de continuar haciendo al tesoro mexicano los anticipos de dinero que le ha hecho durante los últimos meses el tesoro francés. Ahora